



CURIOSO ROMANCE

DE ALFONSO NUÑEZ.

Relacion de los famosos hechos y gallardas hazañas del Rojo de Ledaña, á quien dieron muerte los soldados de Algarve.

Oid, mancebos valientes,  
los que usais de las espadas,  
los que campais por el mundo  
siempre cargados de charpas,  
con trabucos y pistolas,  
dando crédito á la fama.  
Escuchad, que contar quiero  
de un jaque las arrogancias.  
de un hombre el mas valeroso  
que se ha visto ni se halla.  
Preguntarán mis oyentes,  
quién és á quien tanto alaban?  
Yo responderé diciendo,  
sin que me dilate en nada:  
es su nombre Alfonso Nuñez,  
de la villa de Ledaña,  
que á los veinte años que tuvo,  
un casamiento le tratan,

y dados ya los asientos  
con la mano y la palabra,  
pasados algunos dias  
que Alfonso entraba en la casa,  
dijole la novia un dia  
que no le estimaba en nada,  
que se fuese, que con él  
no queria ser casada.  
Alfonso lleno de enojo,  
sin mas aguardar á nada,  
la muerte le dió sangriento  
con tres fieras puñaladas;  
y á una prima de la novia,  
porque muchos gritos daba,  
le hizo pedazos los muslos  
con la furia de dos balas.  
Desde allí pasó á Bilbao,  
y saliendo con dos cargas

de tabaco de manojos,  
le salieron quince guardas  
al camino, y le dijeron:  
detenga presto las cargas,  
y entregue al punto la guia;  
y con corteses palabras  
les dijo Alfonso: en mi vida  
supe lo que es alcabala,  
ni millones, ni esas cosas;  
mas yo les daré una carga,  
con que queden satisfechos,  
y no hablemos mas palabra.  
Los guardas le replicaron:  
las dos hemos de llevarlas,  
y á vuesamerced con ellas.  
Dijo Alfonso: camaradas,  
habrán de saber que yo  
soy el Rojo de Ledaña;  
una carga he prometido,  
no puedo faltar á darla,  
si no la quieren de grado,  
por fuerza habrán de llevarla.  
Y disparando el trabuco,  
dió cumplimiento á tres guardas,  
pues se los dejó tendidos  
sin hablar una palabra;  
tambien al guarda mayor  
rompió el pecho con dos balas.  
Los guardas como valientes  
al momento le disparan:  
se movió tan grande estruendo  
de la pólvora y las balas,  
que parecia el combate  
segunda Troya abrasada.  
Los guardas que repararon  
que de nueve que quedaban  
los cinco están mal heridos,  
luego de escaparse tratan.  
Huyen al fin y le dejan  
por su valor la campaña;  
y viéndose Alfonso libre,  
despachó en junto las cargas;  
se pasó á Jeréz, y allí  
sobre hablar con ciertas damas  
en la plaza, dos ministros  
le echaron dos mil bravatas;  
y él, dejándose de cuentos,  
dió al uno tres estocadas,  
y el otro se escapó huyendo,

que si no tambien llevará.  
Y pasando á Gibraltar,  
en donde cargó dos cargas  
de tabaco del mas fino;  
fue á Córdoba, y en la casa  
del que era Administrador  
se internó, y con arrogancia  
hizo tomase el tabaco,  
y el dinero le entregára;  
pagóselo luego al punto,  
aunque no de buena gana.  
Fue á Sevilla, y una noche  
en la puente de Triana  
dió con él toda la Ronda,  
que al asistente acompaña.  
Quién va á la Justicia, dicen:  
y con la voz alterada  
les respondió Alfonso Nuñez:  
el que no la teme en nada.  
El asistente que oyó  
la respuesta tan mal dada,  
dice: préndanle al instante,  
no se detengan, qué aguardan?  
Acudieron á prenderlo,  
y Alfonso Nuñez dispara  
un trabuco, con que dió  
muerte á cuatro camaradas,  
y al soplo de una pistola  
á uno hiere y á otro mata.  
Parecia Alfonso Nuñez,  
entre aquella garullada,  
un leon entre otras fieras  
que las hiere y despedaza;  
pues con solo su rejon  
daba tales puñaladas,  
que á un jaqueton, que atrevido  
llegó á asirle de la capa,  
desde el pecho hasta el ombligo  
lo abrió como una granada.  
Veinte tiros le tiraron  
sin que le ofendan en nada;  
diez muertos y quince heridos  
en esta funcion se hallan.  
Mas viendo Alfonso que acude  
mucha gente alborotada,  
escapóse como pudo,  
y á Málaga la nombrada  
se fue, y en su playa un dia  
tuvo no sé qué palabras

R. 22. 297

con un jaque que allí había,  
que de alentado campaba,  
á quien de un carabinazo  
le dejó el cuerpo sin alma.  
Dando á Granada la vuelta,  
por ella se paseaba;  
y un dia en un bodegon  
entró, y reparó que estaban  
dos ministros en la mesa  
recalcando sus vicarias,  
y acabando de comer  
de la mesa se levantan,  
queriendo tomar la puerta;  
mas la dueña de la casa  
les pidió el dinero, y uno  
le pegó una bofetada;  
con que la pobre muger  
muy tiernamente lloraba.  
Pero el alentado Alfonso  
del asiento se levanta,  
diciéndoles: caballeros,  
que estuviere yo aquí, basta,  
para no hacer lo que han hecho,  
que es una accion muy villana.  
Y un ministro le responde:  
váyase muy noramala,  
que con él haré lo mismo;  
quítese, porque me enfada.  
Oyendo aquestas razones,  
encendido en viva rabia,  
al primero se arrojó  
dándole seis puñaladas,  
luego se echó sobre el otro,  
dándole la muerte braba,  
con que los dos se quedaron  
tendidos en la estacada.  
De allí se salió al momento  
para venirse á su patria,  
y en los dientes de la Vieja  
quiso tener lá posada,  
entrándose en una cueva:  
cuando allá á la madrugada  
sintió ruido y levantóse,  
vió que á la cueva llegaban  
diez gitanos, y le dicen:  
buenos dias, camarada.  
Y uno vuelto hácia los otros,  
de esta manera les habla:  
amigos, cierta es la presa,

pues la tenemós en casa;  
si no cojemos dineros,  
carne, amigos, ya no falta.  
Sagaz Alfonso responde  
estas siguientes palabras:  
cuatro doblones de á ocho  
mis pobres bolsillos guardan,  
y en tal que me dejen vivo  
los daré de buena gana.  
Ellos que oyeron nombrar  
el dinero, se abalanzan  
al que mas presto podia  
entrar á agarrar la chama:  
y asi que los vido juntos,  
un trabuco les dispara,  
con que á cuatro de ellos hizo  
que vuelen sin tener alas;  
y los otros que esto vieron,  
le volvieron las espaldas:  
corrian tan bellamente  
que galgos no se igualaban.  
Volvió Alfonso á su camino,  
y aquella misma mañana,  
aun no cabal media legua,  
oyó una voz lastimada  
en medio de un romeral,  
que de esta suerte clamaba:  
sacra Vírgen del Pilar,  
mi princesa y abogada,  
no permitais, Madre mia,  
que se haga tal infamia  
con mis dos queridas hijas  
salidas de mis entrañas.  
Oyendo aquestos lamentos,  
como fiera desatada,  
esforzado y animoso  
se entró por entre las matas:  
vido una muger y un hombre  
que maniatados estaban,  
y que con dos caravinas  
un ladron les amenaza,  
vió mas allá dos doncellas  
que amargamente lloraban,  
á quien otros dos ladrones  
por fuerza quieren gozarlas.  
En nombre de San Antonio  
al primero le dispara  
un tiro, con que rindió  
sus alientos á la parca.

Los compañeros acuden  
para tomar la demanda;  
pero al revés les sucede,  
que Alfonso tambien los mata.  
Y desatando á los dos  
que maniatados estaban,  
padre, madre y las dos hijas  
á sus pies se le postraban,  
agradeciendo en estremo  
accion tan noble y bizarra.  
A los cuatro acompañó  
hasta llegar á su casa;  
de alli volvió á Gibraltar,  
y cargando otras dos cargas  
vino á Albacete, y alli  
un caballero lo ampara,  
que es Don Alonso Espinosa,  
de la antigüedad de España.  
De esta casa se salió  
con valentía sobrada,  
se hizo dueño de un salero,  
y despachando las cargas  
y recuas, sin haber quien  
le ponga embarazo en nada.  
Pasados algunos dias,  
la Justicia ya informada,  
lo cercaron con caballos  
y soldados que llevaban;  
y él viéndose ya perdido,  
echa de sí tantas balas,  
que hasta los mismos soldados  
de ver su valor se pasman;  
y viendo que no podian  
enfrenar tanta arrogancia,  
capitularon con él,  
dejándole puerta franca.  
Pasó á San Juan de la Luz,  
y de tabaco una carga  
compró, y se fue á Zaragoza,  
y por la ciudad andaba  
vendiendo á voces tabaco,  
con que asi lo despachaba.  
Una noche lo cercaron  
de tabaco doce guardas,  
y Alfonso cuando los vido,  
repassó todas sus armas,  
y asi que las tuvo listas,

les tiró tan gran descarga  
que muertos quedaron seis  
y los otros seis escapan,  
al que mas presto podia  
meterse en cualquiera casa.  
De alli se pasó á Teruel  
para pasarse á su patria.  
Súpolo el Corregidor,  
y á prenderlo se arrestaba;  
en fin la casa le cercan;  
pero Alfonso que repara  
tanto alentado ministro  
que en aquel cerco lo aguarda,  
les comenzó á repartir  
confitura de Vizcaya,  
pero en vez de recojerla  
huían por no encontrarla:  
solamente dos ministros,  
que la colacion alcanzan,  
se empacharon de tal suerte  
que á Dios rindieron sus almas.  
Y viniéndose á su tierra,  
donde de oculto le aguarda  
un valeroso oficial,  
que Don Manuel Cantos llaman,  
con dos ó tres compañías  
del regimiento que llaman  
de Algarve, y dándole cuenta  
que el dicho Alfonso alli estaba,  
puso en órden sus soldados,  
y á prenderlo se aplicaba.  
Sintiendo Alfonso el rumor  
por si es él á quien buscaban,  
hácia la iglesia camina;  
mas viendo que lo acosaban  
disparar quiso el trabuco;  
mas fue tanta su desgracia  
que la carga no salió;  
y entonces toda la escuadra  
le dispararon á un tiempo,  
dando fin á su jornada.  
Envuelto en sangre y en humo  
cayó, y con mortales ansias  
confesó todas sus culpas,  
y la absolucion alcanza.  
Y el poeta muy humilde  
pide perdon de sus faltas.

FIN.